

MORIR POR SUS IDEAS

FERNANDO DE TRAZEGNIES GRANDA

Profesor Principal de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú

-“¡O'ei!”

-“¿Qué?”

-“¿Te queda un troncho?”

Eran voces cansadas, perezosas hasta el laconismo. Los cuatro jóvenes arrojados sobre el pasto del parque, vivían sus alucinantes mundos privados con la más absoluta indiferencia de lo que sucedía allí fuera. Hablaban lo menos posible para no hacer olas en sus mentes. Al pie de los acantilados, se adivinaba el mar.

-“Toma. Pero no te lo fumes solo, huevón. Una pitada cada uno, como buenos amigos”, le dijo Cojinova. Le habían puesto esa chapa porque cojeaba aparatosamente como consecuencia de una malformación de la cadera.

Carreta, a pesar de su avidez, extendió lenta y fatigosamente el brazo, tomó el cigarrillo de marihuana, lo encendió y saboreó con delectación una pitada larga, profunda. El Poeta gruñó que no hicieran tanto ruido porque perturbaba su inspiración y Cojinova se acomodó mejor contra el árbol al pie del cual estaba sentado, echó la barbilla sobre el pecho y regresó a sus sueños. El Chato ni se movió.

El troncho circuló de boca en boca casi sonambulescamente, sin que nadie pronunciara palabra. Ya era el quinto que habían consumido en esa tarde soleada y cada uno de los amigos estaba ensimismado en sus propias ensoñaciones.

A lo lejos, la gente se estaba reuniendo sobre el puente que cruzaba entre dos acantilados. Un nuevo deporte había surgido unos meses atrás, que la cursilería limeña había llamado *puenting*. La persona se colocaba un arnés al pecho, atado mediante una larga soga a la estructura del puente. Luego cruzaba la baranda y se arrojaba al vacío como si fuera a suicidarse. La caída libre era detenida violentamente por el límite de la cuerda y el falso suicida quedaba unos minutos en éxtasis bamboleándose como un péndulo, mientras los espectadores lo aplaudían desde arriba. Luego los organizadores tiraban de la soga para remontar al héroe y entregarlo sano y salvo a sus amigos. El negocio estaba a cargo de cuatro jóvenes que llegaban a una cierta hora al puente en una vieja camioneta, ataban a una de las columnas el extremo de la soga del cual dependía la vida de los aficionados, colocaban un pequeño cartel escrito a mano en el que ofrecían intensas emociones a precios módicos y esperaban a sus clientes, mientras una multitud de curiosos se congregaba en torno de ellos. Los clientes no faltaban: chicos solitarios y tímidos que querían probarse algo a sí mismos, miembros de un barrio o pasota que se excitaban unos a otros hasta que alguno se decidía a aceptar el reto para demostrar su hombría ante los demás, parejas alocadas en las que el muchacho hacía piruetas sobre el puente con una botella de cerveza en la mano antes de saltar, mientras la chica daba alaridos de terror. Era muy raro ver que una mujer se decidiera a hacer *puenting*.

-“¡O'ei!”, volvió a llamar el Carreta.

-“¿Qué, carajo?”

Pasaron unos segundos de calma chicha. El Carreta se calló y ninguno de los otros tuvo interés en saber lo que quería decirles. Una gaviota revoloteó sobre el acantilado graznando desampadamente.

Como si le costara mantener la continuidad, el Carreta siguió exponiendo dificultosamente su pensamiento:

—“¿Ustedes creen...que vale la pena...morir por sus ideas?”

El Poeta se incorporó rápidamente hasta quedar sentado en la grama.

—“Oye, huevón, ¿qué bicho te ha picado que te has vuelto filósofo de pronto? Debe haber arañas en el pasto. O quizá un alacrán, corajo”.

Cojinova cogió una flor y se la puso en la boca. La fealdad de su cara y la maldad insolente que reflejaba habitualmente su expresión desalmada, lucía aún más grotesca por contraste con la sencillez y pureza de la margarita.

—“Morir por sus ideas...¡Vaya una idea!”, comentó con ese tonillo irónico de sinvergüenza sin escrúpulos que usaba para imponerse sobre sus amigos. “Oye, cogón, quizá esa sea una idea por la cual vale la pena que tú mueras”.

—“No, pero es que cerré los ojos y me puse a pensar en esas chicas terroristas. Serán asesinas, fanáticos, lo que quieran, pero al menos tienen una idea por la cual vivir. En cambio nosotros, ¿qué tenemos? ¡Nada! Estamos huecos, vacíos...”.

—“Anda, huevón de mierda”, le interrumpió el Poeta. “Esas ideas no los ayudan a vivir sino a morir. Matan y se hacen matar por cojudeces. Mientras tanto nosotros no tenemos ideas, pero ¡qué bien vivimos la vida! (No es rico acaso estar aquí tirados en el parque sin hacer nada, simplemente gozando de la naturaleza gracias al troncho que hemos fumado)? Desahúvate! Cierra los ojos como yo lo hago y déjate llevar. Siente como la brisa del mar te acaricia dulcemente la mejilla. Puedes imaginar que tienes a una buena hembra a tu lado, que te hace cariño en la cara para que tu le metas la mano por el escote y le fiegas cosquillitas en sus pezones suavcitos”. Y, haciendo gala de su apodo, prosiguió con tono sarcásticamente meloso: “Escucha, escucha como el mar retumba a lo lejos, como vibran las alas del picaflor que se ha detenido frente a esa rosa, escucha como las hojas de los árboles susurran y se cuentan chismes, agitadas por el viento...”.

* * *

—“Cojinova, ¿tienes miedo?”

—“Yo sí, pero me lo aguanto. ¿Y tú?”

—“Yo estoy que me arino”.

Ocultos detrás de un pequeño muro, Cojinova y el Carreta apretaban fuertemente la cachá de sus armas. Casi no pasaban automóviles por este barrio de lujosas mansiones, rodeadas de grandes jardines. El vecino cerco de cipreses dejaba entrever un imponente pórtico de columnas al estilo californiano escoltadas por inmensos jirafones con raras helechos. Más lejos, encima de compactas cucardas adornadas aquí y allí por unas tímidas flores rojas, se asomaba una modernísima residencia de ladrillos rojos con grandes ventanales de cristal oscuro, rodeada de palmeras hawaianas. Al otro lado de la calle, junto a una casa en construcción, se levantaba una pared de piedra gris que ocultaba celosamente los interiores; apenas si se podía intuir el espíritu de sus dueños por el claveteado portón colonial que llevaba encima un austero escudo de armas coronado por un yelmo y un brazo con una espada amenazante. Pero, en medio de esta opulencia, se veía de cuando en cuando pequeños chalets, separados por un muro de media altura cuyo único adorno era el medidor de luz y una jardinera de geránios. Es ahí donde se encontraban apostados Cojinova y el Carreta esperando que llegara el patrullero que diariamente recorría la zona para verificar que todo estaba tranquilo y que los ricos podían seguir durmiendo en paz.

–“Oye, Cojinova, ¿hasta qué edad te measte en la cama?”

–“Putá, Carreta. ¡Qué preguntas me haces en este momento! Creo que hasta los cinco. ¿Por qué?”

–“Yo lo hice hasta los doce”.

–“¡ja!”, rió Cojinova nerviosamente. “*Toda tu vida has sido un meón*”.

–“*Dicen que era un síndrome de falta de atención por parte de mis padres. Yo tengo tres hermanas mayores y tres menores. Al del medio nadie le da bola*”.

El calor (y los nervios) los hacía transpirar escandalosamente. Las camisas estaban empapadas y por la cara les corría el sudor. El Carreta se secó la frente con la manga para evitar que una gruesa gota le entrara en el ojo.

–“*Cuando era chico y tenía miedo, le rezaba a Santa Rosa y con eso me tranquilizaba. Pero ahora que somos revolucionarios materialistas dialécticos, no le puedo rezar a nadie...*”.

–“*¡Rézale a San Puta si quieres o a la Puta Madre!*”, le contestó Cojinova. “*Pero, cállate, ¡carajo!*, que me estás poniendo nervioso a mí también”.

Al frente, en la construcción, hubo un cierto movimiento. A esa hora de la madrugada sólo estaba dentro el guardián que se encargaba de cuidar las varillas de hierro, las bolsas de cemento, los ladrillos. Cojinova y el Carreta observaron que en el hueco de una de las proyectadas ventanas brillaba intermitentemente el resplandor de una linterna.

–“*¡Lo lograron, el Poeta y el Chato lo lograron! Ya deben haber amarrado y amordazado al guardián y nos están avisando que están en sus puestos y listos para la acción. ¡Oye, ¿pero qué te pasa? Estás temblando como perro en moto*”.

–“*¿Tú crees, Cojinova, que esto sirva para algo? ¿Tú crees que esto hace avanzar la causa y ayuda a la implantación de las ideas socialistas? Me parece que nos han mandado a hacer esto por joder. ¿De qué sirve matar a un par de policías y apoderarnos de sus armas? Así no vamos a cambiar al país*”.

–“*Cállate, huevón, que cuando estás en el Movimiento tú sólo obedeces; no piensas ni discutes. Ellos saben por qué hay que hacer esto. Posiblemente esas pistolas y metralletas que nos han ordenado tomar son necesarias para llevar a cabo una acción más importante dentro de unos días*”.

–“*Pero tú sabes que nuestro comando tiene bastantes armas. Yo creo que simplemente nos quieren joder haciendo que matemos a un policía...*”.

–“*Carreta, tú has firmado tu carta de sujeción, como yo también lo hice. Allí hemos jurado hacer lo que nos manden nuestros jefes en nombre del Guío Supremo. De modo que deja de correrme la paja mentalmente y demuestra que eres hombre de palabra. Quizá quieren que nos manchemos en sangre para tenernos bien comprometidos. ¡Está bien, pues! Es una forma de ratificar nuestra participación en el Movimiento. ¡Putra o muerte, carajo!*”.

* * *

–“*Parece que te quedaste darrado, huevón*”, le dijo Cojinova al Carreta. “*Eso hace bien. A ver cuántanos como era la hembra con la que soñabas, porque has temblado como si estuvieras muy arrecho. Seguro que en tu mente perversa te la habías calentado con un troncho. Cuenta, pues, cuenta*”.

Allá en el puente, un chico se disponía a saltar. La gente se había agolpado alrededor de él para contemplar la forma como lo preparaban. Era una suerte de rito prosaico, donde cada paso

estaba cuidadosamente estudiado. Uno de los organizadores, un mocetón con aspecto de joven ejecutivo en día feriado combinado con fisicoculturista de gimnasio, le preguntó si estaba seguro de que se quería tirar por el puente. El chico tenía los ojos desorbitados y la mirada alocada por el miedo; pero su cuerpo estaba terso por el esfuerzo que hacía para controlarlo. Le costó ratificar su voluntad de poner a prueba su hombría, pero finalmente respondió con un "Sí" vacilante que el dueño del negocio consideró suficiente para cerrar el trato, "Entonces, me pagas por adelantado los treinta dólares". El chico buscó torpemente el dinero en sus bolsillos, sin acertar con la mano en el lugar indicado. Finalmente encontró el bolsillo del pantalón y entregó el dinero. El mocetón lo colocó el arnés y su socio ajustó las correas por la espalda. Después cogió el rollo con el sobrante de cuerda y lo colocó en el borde exterior de la baranda.

Cojinova, el Poeta y el Chato se habían desentendido totalmente de lo que pasaba a su alrededor. El viento acariciaba las gardenias, que temblaban de placer. Sólo una enorme y solitaria nube blanca, como un gigantesco copo de algodón flotando allí sobre el mar, manchaba el azul impecable del cielo. La pequeña fuente de agua del parque se reía cantarina, mostrando su bienestar en esa tarde soleada y apacible. Un perro pasó al trote, olfateando sistemáticamente todos los troncos de los árboles.

El chico estaba listo para saltar. El que parecía el jefe de los organizadores le indicó que pasara sus piernas sobre la baranda, pero estaba paralizado de miedo. Lo ayudaron un poco. Al poner un pie del otro lado, perdió el piso con el otro pie y cayó hacia atrás, quedando patas arriba en la calzada del puente. La gente joven lo abuchao y los organizadores le dijeron que si quería renunciar al salto, le devolverían su plata; claro está que descontándole diez dólares por el trabajo que le habían dedicado hasta entonces. Sin embargo, el chico se irguió repentinamente y de un salto se puso al otro lado de la baranda, de cara al abismo. Unos segundos después se columpiaba en el aire con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando orgullosamente algo perdido en el horizonte entre las lejanas islas.

El Carreta, cansado de este mundo insulso, cerró nuevamente los ojos.

* * *

En ese momento, el Carreta oyó los primeros tiros. Ahí estaba el patrullero frente a ellos y el Poeta y el Chato habían comenzado a disparar. El policía que conducía el vehículo había sido aparentemente herido y ahora bajaba el sargento por la puerta de la derecha para intentar colocarse en forma estratégica y responder el fuego. Pero sin saber que había tiradores también de ese lado de la calle, de esta manera quedaba al descubierto frente al Carreta y a Cojinova.

—"¡Dispárale, huevón, dispárale! ¡Date el gusto!", gritó Cojinova, corriendo hacia el auto patrullero, seguido del Carreta.

El policía escuchó las voces y volteó instintivamente. El Carreta, con la pistola levantada, lo tuvo frente a frente. De pronto, el tiempo pareció detenerse. Y con el tiempo, todo ruido, todo movimiento desapareció. Era como si el mundo se hubiera muerto de improviso, como si hubiera quedado congelado. Cojinova, a quien el fenómeno lo había cogido cuando gesticulaba arengando al Carreta para que matara al policía, estaba paralizado en una posición inverosímil y con el rostro desencajado. Al frente, el Poeta y el Chato habían quedado como retratados en el instante de levantarse de su escondite y comenzar a correr hacia el patrullero. Los únicos vivos eran el sargento y el Carreta.

El sargento comenzó a levantar su arma, apuntándola hacia el Carreta. Todo sucedía como en cámara lenta, despaciosamente, como si ambos formaran parte de un ballet trágico e irreal. El

Carreta vio el interior del caño mortal del revólver del policía señalando un lugar entre sus cejas. Vio también el rostro del sargento: lo vio cuando su mujer lo recibía con la cena lista después de un día de patrullaje, lo vio cuando en la noche se agachaba sobre su hija dormida para darle un beso en la frente, lo vio cuando conversaba despreocupadamente con su compañero policía mientras vigiaban por rutina las calles del barrio contándose chistes rojos, vio su expresión mientras hacía el amor, mientras defecaba, mientras cantaba en la ducha. Y entonces un ligero cosquilleo le anunció que su dedo índice se estaba contrayendo, sintió la resistencia del gatillo y luego la liberación que se produce cuando el disparo ha concluido.

El Carreta escuchó un ruido atronador, expansivo, que reverberaba en los muros de las casas, y regresaba sobre sus oídos causándole un dolor insoportable. Era como si se hubiese producido un cataclismo universal. Y entonces apareció una mancha roja en la casaca del sargento y su cuerpo se desplomó pesadamente.

Los cuatro corrieron hacia el automóvil.

—*¡Apodérense de las armas, apodérense de las armas!*”, gritaba el Poeta.

El sargento balbuceó unas palabras incomprensibles, mientras con la mano trataba de tapar la sangre que salía a borbotones de su pecho. Cojinova le puso la pistola en la cabeza y, con un rictus de goce, como si tuviera una eyaculación, disparó. Los sesos se despararramaron por la pista y mancharon una de las llantas del patrullero.

Es en ese momento que se escuchó el tableteo de una metralleta y el Poeta y el Chato se derrumbaron.

—*¿Qué pasa, qué pasa, carajo?*”, gritaba Cojinova, desconcertado.

Un segundo patrullero había aparecido sorpresivamente por una de las calles laterales y, al ver lo que estaba sucediendo, sus ocupantes dispararon de inmediato. El Carreta no supo qué hacer. Estaba clavado en el sitio. La cabeza de Cojinova estalló en pedazos cuando un grueso proyectil le hizo impacto en medio de la cara. El Carreta alcanzó a ver que el cuerpo de su amigo caía sobre el del sargento y quedaba entrelazado en un abrazo repugnante.

Y entonces, toda la energía comprimida en su cuerpo estático se expandió de golpe y el Carreta simplemente se dio media vuelta y echó a correr. Escuchó las balas que zumbaban como moscardones alrededor de él, pero siguió corriendo. Los policías detrás de él le ordenaban a gritos que se detuviera, pero siguió corriendo. Tropezó con uno de los pocos transeúntes matutinos que trataban atemorizados de alejarse de la zona de peligro, pero siguió corriendo. Se dio cuenta de que una bala lo perseguía y estaba a punto de alcanzarlo. Dio la vuelta a la esquina para esquivarla, pero la bala seguía detrás de él acortando las distancias. Subió a la carrera a un ómnibus en marcha y se confundió con la gente apretada que se dirigía a sus labores para tratar de despistar al satánico proyectil. Pero la bala seguía persiguiéndolo, persiguiéndolo siempre, persiguiéndolo por toda la eternidad.

* * *

El Carreta se levantó del pasto y caminó hacia el puente.

—*¿Y a éste qué le pasa?*”, preguntó el Poeta.

—*“De repente quiere hacer poeunting”, dijo Cojinova, soltando una risa desahogada. “Para mí que como está obsesionado con la muerte, quiere hacer una prueba controlada para saber cómo se siente. Pero es un cojudo, porque la verdadera muerte no se siente porque morir es convertirse en nada. Por eso,*

una vez que te mueves ya no tienes posibilidad de hacerte paftas en la cabeza sobre cómo era morirte ni sobre las ideas que tenías para morir”.

Los tres amigos vieron que el Carreta se acercó a los organizadores del puenting y observó con detalle la forma como alistaban a un cliente para la prueba de valor. Observó el miedo que tenía el candidato, escuchó con atención los comentarios de los amigos con los que había venido. Metía la nariz en todo y a la gente le molestaba este fumón atorrante. Luego sin ponerse arnés alguno trepó a la baranda. El público se volvió sorprendido hacia este insensato.

—“Oye, ¿te has vuelto loco? ¡Baja de ahí! Agárrenlo que está fumado”.

Pero el Carreta se volteó de espaldas a ellos con un gesto de infinito desprecio en el rostro, miró el vacío con ojos brillantes por la fiebre de la emoción, abrió los brazos y saltó haciendo un ángel perfecto que poco a poco se inclinó en picada, y, cuidando siempre la exquisitez de las formas, llevó los brazos a los lados del cuerpo y se estrelló de cabeza contra las rocas del fondo del acantilado.